

Si en todo cuanto hizo entonces, llevó alguna mira particular, no fué otra sino la de suprimir un título augusto, disolviendo el imperio germánico, á fin de que solo existiese á la vista de los pueblos, el imperio francés. Sin embargo, las causas esenciales de su intervencion, no fueron otras sino las violencias de los fuertes, los lamentos de los débiles, y el doble deseo, muy laudable por cierto, de reprimir las injusticias cometidas en su nombre, y reformar la Alemania de un modo análogo con las luces de su buen criterio; de todo lo cual no podía dispensarse, porque tropezaba á cada instante con todos aquellos males.

No fué esto una falta menos grave por parte de Napoleon, que la de intervenir en los negocios alemanes, mas allá de ciertos límites. Tratar de ejercer un influjo predominante en el Mediodia de la Europa, en Italia y aun en España, entraba en los cálculos de la política francesa de todos tiempos, y por muy grande que fuera esta ambicion podía ser justificada con un número considerable de brillantes triunfos; pero querer estender su poder en el Norte de la Europa, esto es, en Alemania, era llevar al colmo la desesperacion del Austria; era dar á la Prusia una clase de celos que jamás le habia inspirado la Francia; era cargar con la responsabilidad de los disgustos que se originasen por las disensiones que todos aquellos pequeños príncipes tuvieran entre sí; pasar por apoyo y cómplice de los opresores, cuando blasonaba de proteger á los oprimidos; grangearse enemigos en los que no favorecia, sin que por ello sucediera lo contrario con los que adquirian ventajas, pues estos se esplicaban ya de una manera bastante

clara para dar á conocer que después de haberles facilitado su engrandecimiento, serian capaces de hacernos la guerra, á fin de comprar la conservacion de lo que habian adquirido. Por lo que respecta á poder contar con el auxilio de sus tropas era un engaño fatal, porque seria necesario considerar como auxiliares, á unos soldados dispuestos á convertirse en traidores á la primera ocasion. Mayor falta fué aun la de mudar las antiguas combinaciones de Alemania, de las que deducian que la Prusia era rival del Austria, y por consiguiente aliada de la Francia, y de todos los príncipes alemanes, envidiosos unos de otros, partidarios por lo tanto de la política francesa, á cuya sombra deseaban cobijarse. Lo que convenia á Alemania, siendo cuanto se podia hacer en un siglo, era aumentar algo la influencia de la Prusia, y disminuir la del Austria; pasar mas adelante, solo hubiera servido para producir trastornos en la política europea, perniciosos mas bien que útiles. A haber llegado estos cambios hasta hacer soberana á la Prusia, hubiera sido únicamente trasportar el peligro, llevando á Berlin el enemigo que siempre habia estado en Viena, y si tenian por objeto el destruir la Prusia y el Austria, equivalia á levantar la Alemania en masa: en cuanto á los pequeños estados, todo lo que no fuese una justa proteccion hácia ciertos príncipes de segundo orden, como los de Baviera, Baden y Wurtemberg, comunmente aliados de Francia, todo lo que no fuese imponer un precio razonable á su alianza despues de la guerra, era una peligrosa intervencion en los negocios ajenos, una espontánea aceptacion de dificultades que nada importaban á la

Francia, y bajo el aspecto de una violacion aparente de la independencía estrangera, una completísima burla. Solo restaba el haber cometido tambien la falta de fundar reinos franceses en Alemania, pero Napoleon no habia llegado aun á tal grado de poder, ni podia cometer un error semejante. La antigua constitucion germánica, modificada por el registro de 1803, con algunas aclaraciones y con las antiguas influencias innovadas solamente en su proporción, era lo que convenia á la Francia, á la Europa y á la Alemania misma. Mas hizo la Francia en beneficio de la Alemania, que en su provecho propio; pero ésta conservando un profundo rencor, aguardó el momento de la retirada del ejército francés, para atacar por la espalda á los soldados acosados por la superioridad del número de enemigos. ¡Este fué el premio de los errores!

Napoleon, dejando á MM. de Talleyrand y de Labernardiere arreglar secretamente los pormenores del nuevo plan de confederacion germánica en compañía de los ministros de Baden, Wurtemberg y Baviera, empezó á arreglar la ejecucion de su plan general, sobre todo relativamente á Italia y Holanda, á fin de que los negociadores ingleses y rusos, cada uno por su parte hallasen las últimas é irrevocables determinaciones acerca de los tronos que queria crear nuevamente.

El de Nápoles fué destiaado á José y el de Holanda á Luis; siendo la institucion de estos tronos para Napoleon, al mismo tiempo que un cálculo político, una satisfaccion completa. Este hombre no era solamente grande, sino bueno y sensible á los afectos de familia, hasta el extremo

de ser débil algunas veces; empero no siempre recogia el premio de estos hermosos sentimientos porque nada hay tan exigente como una familia elevada de la nada. No habia uno solo de todos sus parientes, que reconociendo que al vencedor de Rivoli, de las Pirámides y de Austerlitz le era debido el engrandecimiento de los Bonapartes, no creyese haber contribuido por su parte á este resultado, considerándose tratado de un modo injusto y arbitrario al paso que desproporcionado á sus méritos. Su madre, repitiendo á cada instante que le habia dado el ser, se quejaba de que carecia de todos aquellos honores y respetos debidos á su clase, y eso que era la mas modesta y menos fátua de toda la familia. Luciano Bonaparte, blasonaba de que habia puesto la corona sobre las sienes de su hermano, porque solo él se mantuvo firme el 18 de brumario; añadiendo que en premio de este servicio, gemia desterrado. José que era el mas amable y sensato de todos, decia tambien que siendo el hermano mayor, no se le trataba como merecia; pudiendo creerse con algun fundamento, que los tratados de Luneville, de Amiens y el Concordato los cuales le encargó Napoleon con el mayor gusto que firmara, aun perjudicando á Mr. de Talleyrand, fueron obra de su habilidad personal tanto como de las hazafias de su hermano. Luis, enfermo; desconfiado, lleno de orgullo, y virtuoso en la apariencia aunque honrado en el fondo, pretendia haber sido sacrificado á un oficio infame, esto es, al de ocultar por medio de su casamiento, las flaquezas de Hortensia de Beauharnais con Napoleon; calumnia odiosa, inventada por los emigrados, esparcida

en mil folletos, y á la cual Luis hizo mal en dar importancia, tomándolo tan á pechos, dando pábulo de este modo á que se la tuviera por cosa cierta. Todos en fin, y cada uno de ellos se creía víctima hasta cierto punto, por no haber sido recompensados como merecian, de la parte que habian tenido en el engrandecimiento de su hermano. Las hermanas de Napoleon, nó atreviéndose á tener semejantes pretensiones, se agitaban en su derredor, inquietándole con sus rivalidades y á veces con su descontento. Carolina incitada continuamente por Murat, el cual aunque inconstante, correspondía á lo menos á los beneficios de su cuñado con una adhesión que no permitia entonces augurar su conducta posterior, bien es verdad que todo se debe esperar de la inconstancia. Elisa que era la mayor, trasportada á Luca, en donde buscaba la gloria de dirigir bien un pequeño estado, lo cual, en efecto hacia perfectamente, deseaba el aumento de su ducado.

Entre toda esta parentela, solo Gerónimo, como el mas jóven, y Paulina como la mas loca, eran los únicos que estaban exentos de aquellas exigencias, de aquellos rencores y aquellos celos que turbaban el interior de la familia imperial. Gerónimo, cuya juventud poco regular habia provocado con frecuencia la severidad de Napoleon, veía en él un padre mas bien que un hermano, y recibía sus beneficios con un verdadero reconocimiento: Paulina, entregada á los placeres como una princesa de la familia de los Césares, y hermosa como una Venus de la antigüedad, no buscaba en el engrandecimiento de su hermano, sino los medios de satisfacer sus caprichos, no queria

otros títulos que los de los Borghesos, cuyo nombre adoptó, y se hallaba dispuesta á preferir la fortuna, origen de todos los goces, á la grandeza que solo satisface el orgullo. Amaba tanto á su hermano, que cuando estaba en campaña, el archicanciller Cambaceres, encargado del gobierno del estado y de la familia reinante, se veía precisado á mandar á esta princesa las noticias en el mismo instante que las recibía, pues el menor retardo la hacia sufrir cruelmente.

El recelo de que fuesen preferidos los hijos de la familia Beauharnais, fué el motivo que impulsó á los Bonapartes á hacerse enemigos de Josefina, sin tener en cuenta el sentimiento que causaba esto á Napoleon á quien atormentaban de mil maneras. El precoz engrandecimiento de Eugenio, que ya era virey y heredero presunto del hermoso reino de Italia, les llamaba particularmente la atención, y eso que antes se le ofreció esta corona á José, que la rehusó porque le ponía casi directamente bajo el dominio del emperador de los franceses, pues él decia que si queria reinar, pero con una absoluta independencia. Mas tarde se dará á conocer que este amor á la independencia, comun á todos los individuos de la familia imperial, combinado con las tendencias de los pueblos sobre quienes estaban destinados á reinar, debía ofrecer muchas dificultades al gobierno de Napoleon y nuevas calamidades á las desgracias de la Francia.

Era necesario, por lo tanto, que se distribuyesen esclusivamente entre los individuos de esta familia, los reinos y ducados de nueva creacion. La corona de Nápoles aseguraba á José una si-

tuacion harto independiente, siendo por otra parte una cosa que merecia la pena, para que no la aceptase. Admira ciertamente el tener que emplear semejantes espresiones para caracterizar el modo con que eran admitidos los cetros de estos hermosos reinos, por príncipes que habian nacido tan distantes del trono y aun del engrandecimiento que los particulares deben algunas veces á su cuna ó riquezas. Pero varias de las singularidades del fantástico espectáculo ofrecido por la revolucion francesa, y por el hombre extraordinario colocado al frente de ella, fueron aquellas negativas, aquellas dudas y casi desprecios de la saciedad anticipada, hechas en presencia de los mas hermosos tronos, por personas que en su juventud nunca pudieron esperar semejantes honores. Napoleon que vió á José despreciar la presidencia del Senado y el vireinato de Italia, dudando que admitiese el trono de Nápoles, no le confirió por el momento sino el título de su lugarteniente, (1) pero habiéndose

(1) Insertamos las cartas siguientes, las cuales dan á conocer el modo con que Napoleon daba las coronas y como eran admitidas.

*Al ministro de la Guerra.*

Munich 5 de enero de 1806.

• Enviad al general Berthier, vuestro hermano, con el decreto nombrando general en jefe del ejército de Nápoles al príncipe José. Encargadle que guarde el mayor secreto, y que no le entregue los despachos hasta que haya llegado el príncipe. Repito que es necesario guarde el mayor sigilo, porque no estoy segu-

asegurado despues de que le aceptaria, consignó su nombre en los decretos que debian presentarse al Senado.

ro de que lo acepte, por cuya razon no debe dejarse traslucir la menor cosa.»

*Al príncipe José.*

Stuttgard, 19 de enero de 1806.

• Deseo que entreis en el reino de Nápoles á principios de febrero, así como en todo el dicho mes espero saber que ondean mis águilas en aquella capital. No hagais suspension de armas ni capitulacion de cualquier especie que sea; pues no es otra mi intencion sino la de que no reinen mas en Nápoles los Borbones, y colocar en este trono un príncipe de mi familia, vos por ejemplo, si os conviniese, ú otro cualquiera en el caso contrario.

• Os encargo de nuevo que no dividais vuestras fuerzas; que todo vuestro ejército pase el Apenino, y que vuestros tres cuerpos de ejército marchen directamente á Nápoles, de modo que se hallen juntos en un dia en el mismo campo de batalla.

• Dejad un general, depósitos, provisiones y algunos artilleros en Ancona para defensa de la plaza. Una vez tomado Nápoles, los confines se rendirán por sí propios; enviad una division á Tarento y otra hácia la parte de la Sicilia para acabar la conquista del reino.

• Pienso dejar á vuestras órdenes en el reino de Nápoles por ahora, mientras tomo otras disposiciones, 14 regimientos de infanteria francesa, completos de fuerza, y 12 iguales, de caballeria.

• El pais debe suministraros los viveres, vestuarios, remontas y todo lo necesario, de modo que no tenga yo que gastar un cuarto. Mis tropas del reino de Italia no deben permanecer mas que el tiempo que juzgueis necesario, despues de lo cual volverán inmediatamente á sus destinos.

• Formad una legion napolitana, compuesta únicamente de oficiales y soldados napolitanos, esto es, gente toda del pais que quieran adherirse á mi partido.

El trono de Holanda le fué conferido á Luis, el cual despues ha manifestado á la Europa en una critica contra su hermano, hasta que punto se sintió de no haber sido suficientemente consultado acerca de esta disposicion. Napoleon, en efecto, sin contar con Luis, cuya voluntad no creia pudiera ser un obstáculo, mandó á varios de los principales ciudadanos de Holanda, principalmente al valiente y hábil comandante de la flotilla, el almirante Verhuel, que preparasen la Holanda á renunciar definitivamente á su antiguo gobierno republicano, constituyéndose en monarquía. Hé aquí otro rasgo del cuadro que presentamos; la revolucion francesa que empezó por querer convertir en repúblicas todos los tronos, trataba entonces de convertir en monarquías las repúblicas mas antiguas. Las de Venecia y Génova, convertidas en provincias de distintos reinos, las ciudades libres de Alemania comprendidas en diferentes principados, habian ya significado esta tendencia singular. El trono de Holanda fué el último y el mas sorprendente fenómeno; la Holanda despues de haberse arrojado en brazos de la Francia para librarse de los estatouderatos, se hallaba descontenta de verse condenada á una guerra perpétua, y no profesaba el debido reconocimiento á Napoleon, que hizo en Amiens y renovaba diariamente, los mayores esfuerzos para asegurarla la restitution de sus colonias. Los holandeses, medio ingleses por la religion, las costumbres y el espíritu mercantil, aunque enemigos de la Inglaterra por sus intereses marítimos, no tenian simpatía alguna hácia el gobierno de Napoleon y su engrandecimiento

esclusivamente continental. El mas pequeño triunfo marítimo les hubiera halagado mejor que la victoria mas brillante en tierra: manifestaban sobrada indiferencia al gobierno semi-monárquico de un gran-pensionario, á lo cual les indujo Napoleon, instituyendo una especie de primer cónsul en todos los países sometidos al influjo de la Francia. Este gran-pensionario, Mr. de Schimmelpenninck, hombre honrado y buen ciudadano, no era para ellos otra cosa que un prefecto francés, encargado de verificar exacciones, pues que pedía impuestos y empréstitos con objeto de subvenir á los gastos de la guerra. Lo poco que agradaba este gobierno del gran-pensionario, era la sola circunstancia favorable que ofrecia la situacion de la Holanda para que aceptase un rey; bien es verdad que rendidos á la fatiga que dejan las revoluciones, la cual nos hace mirar todas las cosas con la mayor indiferencia, los holandeses experimentaban un gran sentimiento al verse arrebatarse su gobierno republicano. Sin embargo, el asegurarles que les dejarían sus leyes, sobre todo las municipales, lo bien que les hablaban de Luis Bonaparte, de sus buenas costumbres, de sus ideas económicas, de la independencia de su carácter, y por último, la resignacion comun á los acontecimientos previstos anticipadamente, decidieron á los principales representantes de Holanda, á prestarse á la institucion de un trono. Un tratado formal, convirtió en una alianza des estado á estado, la nueva situacion de la Holanda con respecto á Francia.

Las provincias venecianas, que no reunió Napoleon inmediatamente al reino de Italia, para

poder con mas libertad estudiar sus recursos y emplearles segun sus planes, las provincias venecianas, decimos, inclusa la Dalmacia, fueron unidas al reino de Italia, con la condicion de ceder el pais de Massa á la princesa Elisa, para aumentar el ducado de Luca, y el de Guastalla á la princesa Paulina Borghese, que no habia recibido aun nada de la munificencia de su hermano. Esta última no quiso conservar su ducado y lo volvió á vender al reino de Italia por algunos millones.

Este era, tal vez, el momento de pensar en el papa y en la causa legitima de su descontento; pues en aquella ocasion en que la Italia estaba siendo la presa de los reyes, dividida con el filo de la espada, era sumamente acertado reservar la parte de San Pedro, é intentar atraer por medio de algunas ventajas temporales este poder espiritual, con el que nunca conviene estar en pugna, aun en nuestros tiempos de creencias dudosas, y á quien es necesario temer mas cuando se halla oprimido que cuando él es el opresor. Aquellos nuevos monarcas se hubieran dado por muy contentos en recibir sus estados, aun con una provincia menos, y Pio VII satisfecho, se habria visto obligado á tolerar mejor, que el poder francés le autorizara completamente, como lo estaba haciendo desde el establecimiento de José en Nápoles. En todo caso, aun le quedaban á Napoleon Parma y Plasencia de que disponer, y no podia ciertamente hacer mejor uso de ellos que empleándolos en contentar á la corte de Roma. Pero ya comenzaba Napoleon á estar mas tranquilo con respecto á la oposicion fisica ó moral, que pudie-

ran hacerle desde la batalla de Austerlitz, y como estaba sumamente descontento del papa y de sus manejos hostiles contra el nuevo rey de Nápoles, hallábase mas dispuesto á reducir que á aumentar el patrimonio de San Pedro. Se reservaba, pues, á Parma y Plasencia para hacer de ellos un uso de bastante importancia, pensando que sirviesen de indemnizacion á algunos de los principes protegidos por la Rusia ó la Inglaterra, tales como los soberanos de Nápoles y del Piemonte, viejos monarcas destronados, á quienes queria arrojar algunas migas del festin al rededor del cual se hallaban sentados los nuevos reyes. Esta idea era buena seguramente, pero tenia la contra de dejar descontento al papa, dispuesto á mostrar su disgusto, cuando hubiera sido sumamente fácil el satisfacerle sin gran perjuicio de los reinos instituidos recientemente.

Era indispensable dar algo á Murat, esposo de Carolina Bonaparte, y al que le correspondia tanto quizá por sus hechos de armas, como por razon del parentesco; pero no por eso dejaba tambien de tener sus exigencias, ó mejor dicho su esposa. Napoleon trató de darles el principado de Neuchâtel, pero ambos lo rehusaron, manifestando su completo desagrado al archicanciller Cambaceres, que era el mediador ordinario entre Napoleon y su familia, empleando aquella paciencia conciliadora que apacigua las incomodidades reciprocas, oyendo todo y no diciendo sino lo que convenia decirse. Entonces pensó Napoleon en darles el ducado de Berg, cedido á la Francia por la Baviera en cambio de Anspach, aumentado á la sazón con los restos del ducado de Cleves y cuyo

hermoso pais deliciosamente situado á la derecha del Rhin tenia trescientos veinte mil habitantes y producía una renta líquida de 400,000 florines al año; permitiéndole además sostener dos regimientos y pudiendo dar á su poseedor cierta importancia en la nueva confederacion germánica. La fecunda imaginacion de Murat y de su esposa, concibió en efecto que debian ocupar un puesto de consideracion, adornado exteriormente con algun gran título renovado del Santo Imperio.

Toda la familia reinante se hallaba ya atendida, aunque á decir verdad, los hermanos y hermanas de Napoleon no estaban completamente satisfechos. Restaba, pues, pensar en sus compañeros de armas y en los colaboradores de sus trabajos civiles; su benevolencia natural se hallaba en este punto de acuerdo con su política, complaciéndose en remunerar la sangre de unos y las vigilias de otros; queria que fuesen valientes, laboriosos y honrados, y por lo tanto consideraba que era preciso recompensarlos; en fin, el ver la sonrisa en los labios de sus servidores, no aquella que es producida por el reconocimiento, sino la que resulta de estar contentos y satisfechos, era uno de los mayores goces que disfrutaba el noble corazon del emperador.

Consultó al archicanciller Cambaceres acerca de la distribucion de las nuevas gracias, y este viendo que por muy grande que fuese el botin que habia de repartirse era aun mayor la estension de los servicios y las ambiciones, conoció el apuro de Napoleon y empezó aminorando este ahogo por él mismo, para lo cual suplicó alempe-

rador que no pensara en él al distribuir los nuevos ducados. Nadie conocia mejor que Cambaceres que cuando se ha llegado á cierto grado de fortuna, vale mas conservar que adquirir, y un imperio del cual dirigiera este la parte política y Napoleon la administrativa y la militar, hubiera sido el mas grande del mundo. El archicanciller solo deseaba conservar su posicion actual, y esta seguridad le parecia preferible á los mejores ducados. Adquirió bien pronto esta certeza que era lo único que deseaba, aunque temió al pronto, viendo á Napoleon exigir que los nuevos reyes conservasen sus dignidades francesas, que su intencion fuera nombrar grandes dignatarios del imperio esclusivamente á los reyes, y que los títulos de archicanciller que él disfrutaba y el de architesorero desempeñado por el príncipe Lebrun, no recayesen bien pronto en alguno de los monarcas nuevamente creados ó que se creasen. Deseando conocer las intenciones de Napoleon sobre esta materia, le habló en estos términos:— Cuando tengais un rey dispuesto á recibir el título de archicanciller, hacedme el favor de advertirmelo, para presentar mi dimision.—Estad tranquilo, le contestó Napoleon; necesito para este cargo un legislador, y ninguno mejor que vos puede desempeñarle.—Efectivamente, entre las testas coronadas que formaban en otro tiempo el imperio germánico, se conservaron tres plazas para simples prelados, esto es, los electores de Maguncia, Trevia y Colonia. Así mismo, acomodaba á Napoleon conservar un destino, entre aquellos reyes, dignatarios de su imperio, para el primero, el mas severo magistrado de aquella

época, el cual hacia que presidiesen siempre en sus consejos la justicia y la sabiduría, cosa que no siempre sucedía en los de los reyes.

No era necesario mas para contentar al prudente archicanciller, que desde luego, no deseando ni pidiendo nada para él, ayudó mucho á Napoleon en el difícil repartimiento que tenia que hacer. Ambos estuvieron de acuerdo con respecto al primer personage á quien se debia recompensar dignamente, á Berthier, el mas aplicado, el mas exacto el mas ilustrado tal vez de todos los lugar-tenientes de Napoleon, el que siempre estaba al lado suyo enfrente de las balas, y el que soportaba sin ninguna muestra de disgusto una vida llena de peligros, que sabia dominar su valor, pero cuyas fatigas empezaban ya á disgustarle algun tanto. Napoleon esperiméntó una gran satisfaccion en poder remunerarle sus servicios, concediéndole por lo tanto el principado de Neufchatel, que le constituia príncipe soberano.

Habia tambien un servidor de Napoleon, que ocupaba en Europa un rango mas elevado que ningun otro, este era Mr. de Talleyrand, el cual le servia con mas utilidad, por su diplomacia en los tratos con los ministros estrangeros y la elegancia de sus costumbres, que por sus conocimientos en el consejo, en el que sin embargo, disfrutaba de gran reputacion por opinar siempre por la politica moderada. Napoleon no le queria y desconfiaba de él, pero al mismo tiempo le causaba pena el verle descontento por no haber sido comprendido en el número de los grandes dignatarios. El emperador para desenojarle, le confirió el hermoso principado de Benevento, uno de los dos que acababan de

quitarse al papa, como pertenecientes al reino de Nápoles.

Aun le quedaba á Napoleon el principado de Puente Corvo, perteneciente tambien al reino de Nápoles, y como el anterior tomado tambien al papa; el cual quiso dar á un personage que ademas de no haber prestado servicio alguno de consideracion, tenia un corazon desleal, pero que era cuñado de José. Napoleon se violentó mucho para conceder esta dignidad á Bernardotte, pero se decidió al fin por conveniencia, por espíritu de familia y por acreditar que olvidaba las injurias.

No le hubiera costado gran trabajo á Napoleon, si solo hubiera tenido que recompensar á estos tres ó cuatro servidores, pero necesitaba pensar en otros muchos, mas acreedores por cierto á su gratitud, esceptuando á Berthier, los cuales estaban siempre á su lado y aguardaban la parte que les correspondia de los frutos de las victorias. Pero aquel grande hombre que hallaba remedio para todo, salió adelante por medio de una institucion hábilmente concebida. Al conceder los reinos á los nuevos monarcas lo hizo con la condicion de que estos creasen ducados con pingües dotaciones y le entregasen una parte de los dominios nacionales, por cuyo medio, uniendo los Estados venecianos al reino de Nápoles, se reservó la creacion de doce ducados con los titulos de Dalmacia, Istria, Frioul, Cadora, Belluno, Conegliano, Trevisa, Feltra, Bassano, Vicence, Padua y Rovigo. Estos ducados no concedian á sus poseedores poder alguno, pero les aseguraban una dotacion anual pagada de la décima quinta parte reservada de las rentas del pais. Dió á José el reino de Ná-

poles con la condicion de reservarse seis feudos de los que hacian parte los ya dichos principados de Benevento y Puente Corvo y que completaban los cuatro ducados de Gaeta, Otranto, Tarento y Reggio. Al unir al principado de Luca el de Massa, estipuló Napoleon la creacion del ducado de Massa, instituyendo otros tres en los paises de Parma y Plasencia, uno de los cuales fué concedido al architesorero Lebrun. Entre todos estos títulos que acabamos de mencionar, figuran aquellos que obtuvieron los mas esclarecidos servidores del imperio, y los cuales disfrutaban hoy sus hijos, último y vivo testimonio de nuestras pasadas glorias. Todos estos ducados fueron instituidos con las mismas condiciones que los doce creados en el Estado veneciano, esto es, sin poder alguno, pero con su correspondiente dotacion sobre la décima quinta de las rentas. Quiso tambien Napoleon dar recompensas segun los grados de cada uno, para lo cual se apropió en estos paises bienes nacionales y rentas, con objeto de crear las dotaciones convenientes; asegurándose por este medio 30.000,000 de bienes nacionales en el Estado de Venecia, y una inscripcion con la renta de 4.200,000 francos sobre el gran libro del reino de Italia; reservándose con el mismo fin, los bienes nacionales de Parma y Plasencia; una renta de 4.000,000 sobre el reino de Nápoles, y 4.000,000 de bienes nacionales en el principado de Luca y Massa; todo lo cual formaba un total de veinte y dos ducados, 34.000,000 de bienes nacionales, y 2.400,000 francos de rentas, que unido al tesoro del ejército, que ascendia, merced á la ultima contribucion de guerra, á 70.000,000 y que los nuevos

trunfos iban á aumentar indefinidamente, debian servir para satisfacer las dotaciones concedidas á todos los grados desde el de soldado inclusive hasta el de mariscal, sin olvidar en estas dotaciones á los funcionarios civiles. Napoleon habia discutido ya con Mr. de Talleyrand un proyecto de reorganizacion de la nobleza, y no creyendo suficiente la institucion de la Legion de Honor y los ducados se proponia crear condes y barones, reconociendo la necesidad de estas distinciones sociales y deseando que todos se encumbrasen á la par suya, en proporcion á sus méritos; pero pensaba tambien corregir la profunda vanidad de estos títulos de dos modos, haciendo que los adquiriesen por medio de grandes servicios, y dotándoles con rentas que asegurasen el porvenir de sus familias.

Estas diferentes resoluciones fueron todas presentadas al Senado en los meses de marzo, abril y junio, para convertirlas en artículos de las constituciones del Imperio.

El 45 de marzo de este año (1806), fué proclamado Murat gran duque de Cleves y de Berg: el 30 del mismo mes fué igualmente proclamado José rey de Nápoles y de Sicilia, Paulina Borghese, duquesa de Guastalla; Bentier, príncipe de Neufchatel; y el 5 de junio (las negociaciones con la Holanda produjeron este retraso) fué proclamado Luis, rey de Holanda; Mr. de Talleyrand, príncipe de Benevento; y Bernardotte príncipe de Puente Corvo. En vista de todo esto podia creerse que habian vuelto aquellos tiempos del imperio romano, en los que un simple decreto del Senado bastaba para hacer reyes ó destronarlos.